

Gerontocracia 2.0

Por Alan W. Wolf

¿Seguro que este estúpido robot ya está grabando? Bien, caballeros, les aseguro que esto es bastante divertido, dentro de lo que cabe. No, no me miren así. Cuando haya terminado mi relato de los hechos, ustedes estarán de acuerdo conmigo en que no pude cometer ninguno de los crímenes de los que se me acusa. Mi inocencia resplandecerá no sólo ante sus señorías, sino ante todo el Senado... en cuyos escaños pienso volver a sentarme en cuanto termine esta vista, por cierto.

No, señor presidente, no hace falta que me haga gestos. Voy a seguir la fórmula protocolaria de saludo antes de empezar, para que todo conste en acta: Yo, Emmanuel Watson, senador por la región de Gales, comparezco ante este comité de investigación del Senado en la mañana del 23 de enero de 2.390, y declaro que lo hago en plena posesión de mis facultades y con plena consciencia de los delitos que se me imputan y que hace unos minutos ha leído el androide secretario. Declaro asimismo que no hay un abogado defensor presente en la sala porque yo mismo he renunciado a este derecho. Preside el comité su señoría el senador Tetsuo Tanaka, de la región de Ucrania, acompañado, como es reglamentario, de otros cinco miembros de la cámara: Florence Nguema, de Malta; Leon Keefauver, de Luisiana, Sandra Kowalski, de Andalucía; Quimera Da Silva, de Islandia y Marie Élise Dupont, de Veracruz.

Tal y como se me ha pedido, a continuación relataré los acontecimientos que he vivido en la estación lunar Sinatra en las últimas 48 horas. Creo que debería empezar explicando lo que hacía yo allí. Verán, regresaba de un viaje a la Tercera Colonia Marciana, cuyo gobernador había insistido en invitarme para mostrarme de cerca no sólo las maravillas del lugar sino también la realidad de los problemas a los que se enfrentan. Sé que alguno de ustedes ya ha estado allí, de modo que no me extenderé más sobre este punto. Sólo quería dejar claro que se trataba de un viaje normal de trabajo. La cuestión es que el senador Ariel Macchio me comunicó que estaría en fechas similares en otra estación lunar, creo que la Eyrin, así que acordamos ajustar nuestras respectivas agendas para comer juntos y volver a la Tierra en el mismo crucero espacial. Nada extraño entre compañeros, pero es que además Macchio y yo éramos viejos amigos.

En un principio todo fue según lo habíamos planeado. En la estación Sinatra hay un excelente restaurante japonés donde degustamos nuestro sushi en un reservado... ¿Cómo dice, senadora Da Silva? Sí, por supuesto que hablamos de política. Es una pregunta ridícula: casi siempre hablábamos de lo mismo cuando estábamos juntos. No, no fue una discusión ni una pelea, qué tontería... Si quieren saberlo, estuvimos hablando de la Ley Stormbauer que debería haberse votado mañana. No era la primera vez que alguien proponía establecer la mayoría de edad legal por debajo de los cuarenta, sus señorías ya lo saben, pero sí iba a ser la primera vez que llegara a votarse como parte de una ley. Yo era de los que opinaba que Stormbauer estaba cavando su tumba política. Mi compañero no lo tenía tan claro... En fin, era una escena curiosa. Muchos de ustedes recuerdan a Macchio, con su exuberante mata de pelo blanco toda engominada hacia atrás y ese bronceado perpetuo que disimulaba sus arrugas y resaltaba el blanco perfecto de sus dientes. Cuando sonreía con aquellas mandíbulas anchas parecía que iba a dejarlo a uno ciego. Sentado enfrente, yo parecía un espantapájaros, con mi delgadez de siempre, mis cuatro pelos intentando cubrir mi calva y este bigote mal cuidado que ya

no se sabe si es blanco o gris. Nuestros amigos comunes siempre dijeron que, cuando estábamos juntos, él parecía el ventrilocuo y yo el muñeco de trapo. El caso es que él estaba radiante, como de costumbre, y parecía ocultarme algo, porque instintivamente se callaba cada vez que aparecía un camarero, como si alguno de aquellos robots pudiera estar programado para grabarle.

– Watson – recuerdo que me dijo –, no creo que Stormbauer se arriesgue a una votación sin algún as en la manga. Puede que sepamos menos de él de lo que debiéramos.

Su comentario me sorprendió, pero no era la primera vez que oía cosas feas de un miembro de la cámara, así que le contesté:

– Creo que sé por dónde va, Macchio. Demasiado joven para haber llegado tan lejos sin jugar sucio.

– Exacto, sesenta y cinco años no parecen suficientes. Diablos, yo no entré en el Senado hasta los ochenta.

– Y yo hasta los noventa. Pero eso no prueba nada. Quizá piensa de buena fe que un hombre menor de cuarenta puede ser un adulto provechoso para la sociedad.

– Pamplinas – gruñó él –. Ya conoce el dicho: *Sólo el cerebro amanece...*

– ...cuando el cabello encanece, sí señor – dije, alzando mi copa –. Sabe que nadie cree más que yo en esas palabras. Y creo que la mayoría de los senadores estarán conmigo al votar “no”.

– Espero que la votación no llegue ni siquiera a producirse, Watson, o tal vez nos llevaríamos usted y yo una desagradable sorpresa. Pero cambiemos de tema, nos parecemos demasiado a un par de políticos...

Bien, aquel giro brusco era típico de Macchio para dejarme con la intriga de sus últimas palabras, pero no quise dejarle que se hiciera de rogar, así que le hablé de mi familia y le pregunté a él por la suya, y luego nos enzarzamos en una charla intrascendente sobre esas tres o cuatro cosas de las que habla todo el mundo: música, ajedrez... En total estuvimos en el restaurante hora y media, más o menos, y luego volvimos caminando hasta el hotel Priorato, donde cada uno se fue a su habitación a terminar de preparar la maleta. Recuerdo que hicimos chistes en los pasillos... sobre la falta de presencia humana que parecía haber aquel día en comparación con las frenéticas idas y venidas de los robots. Nada más.

Apenas llevaba quince minutos en mi cuarto cuando llamó a la puerta la detective Joanna Styles, que me informó de la súbita muerte de Macchio, fulminado por un infarto en mitad de su habitación. Yo fui el primero en decir que no podía ser por causas naturales, porque mi viejo amigo apenas tenía ciento diez años, y ni siquiera había en su historial una predisposición genética a padecer del corazón. Era absurdo. Así que Styles, haciendo uso de su autoridad, pidió al androide médico una autopsia completa y en pocos minutos la máquina nos dijo que el paro cardíaco se había debido a una sobredosis de cicloína. Ustedes ya saben que el registro demostró que Macchio no tenía cicloína entre sus cosas y, en cambio, apareció una bolsita de esa porquería en mi maleta. Pero hay que tener en cuenta que yo salí de mi habitación en cuanto me enteré de la muerte y no volví a entrar hasta que acompañé a Styles a que registrara mis cosas. Durante todo ese tiempo, cualquiera podría haber colado la droga para inculparme. La propia detective Styles tenía sus dudas. Yo tendría que ser muy tonto para no haber destruido aquello en cuanto oí lo de Macchio, tanto si la sobredosis había sido intencionada como si no. ¿Qué sentido tenía que siguiera allí? Además, exigí un análisis de sangre por parte del androide médico, y ustedes tienen los resultados en el expediente: limpio por completo. Hubiese sido difícil que mi amigo y yo nos drogásemos juntos si sólo él consumía, ¿no creen?

El caso es que Styles no tenía más remedio que esposarme porque ella y yo éramos los únicos seres humanos que quedábamos en la estación y, como todo el mundo sabe, eso de que el culpable es el robot sólo se cumple en las malas películas. La misma mala fama que en siglos anteriores llevaban los mayordomos, cuando aún había hombres haciendo ese tipo de trabajos... Está bien, está bien, iré al grano.

Yo me quedé en mi habitación con las muñecas y los tobillos apresados por aquellas argollas magnéticas que limitaban mis movimientos como si estuviera encadenado a mi propio tronco. No les deseo a ninguno de ustedes una experiencia similar. Era muy incómodo... Pero, eso sí, no podía impedirme hablar, así que le ordené a uno de los androides que comprobara que aquel día no había habido ningún hombre más en toda la estación, no sólo en el Priorato. Resulta que sí constaba un huésped, pero no en los libros de aquel hotel sino en los del otro que hay en Sinatra, mucho más pequeño y barato, el hotel Cuomo. Un tipo que había llegado el día anterior y se había marchado justo unos minutos antes de que yo preguntara. La huella dactilar con la que había pagado remitía a una cuenta a nombre de un tal Abraham Reynolds. Un nombre que no me decía nada. Aun así hice llamar a la detective Styles y le dije lo que sabía.

Aquella mujer era inteligente, se le notaba en los ojos... a pesar de ser una muy hermosa dama de sólo setenta años, era imposible tomarla sólo por una cara bonita. Así que lo primero que hizo fue comprobar las averiguaciones del androide por si todo era un truco mío. Cuando comprobó que no era así, me pidió que la acompañara al Cuomo. Me costó bastante seguirla a través de la estación, al fin y al cabo las malditas esposas sólo me dejaban caminar a pasos muy cortos. Pero ella no hizo el menor ademán de quitármelas, y debo decir que su actitud no me disgustó sino todo lo contrario. No era una policia complaciente pero estaba convencido de su buena fe y de su capacidad, así que estaba muy tranquilo, esperando quedar libre de toda sospecha en cuestión de minutos.

En el Cuomo, Styles le pidió al androide recepcionista una descripción ocular del hombre, y ese fue su gran golpe de suerte. A pesar de que el hotel no era ninguna maravilla, el androide era de un modelo muy avanzado, incluso recubierto de piel sintética y con un rostro que recordaba a un antiguo actor... El caso es que pudo proyectar para nosotros la imagen que sus ojos habían contemplado poco antes. Fue así como nos encontramos los dos ante el rostro inconfundible del senador Stormbauer. Imaginen nuestra sorpresa. Si el posible homicidio de un senador ya es estadísticamente raro, ver a otro huir de la escena del crimen y con nombre falso era algo nunca visto para nosotros. Sí, se había tapado con una barba, pero nadie que lo conociera hubiera dudado de su identidad, ustedes tampoco: esas cejas pobladas, ese abundante cabello blanquísimo y recogido en una trenza impecable... Y, sobre todo, esa nariz aguileña, tan característica... Maldita sea, traigan a ese androide aquí y que les muestre esa cara, ya verán cómo piensan lo mismo. Styles, de hecho, no sólo no dudó sino que se puso frenética:

– ¿Qué hizo este huésped desde que estuvo aquí? – le preguntó al robot –. Quiero saber todos sus movimientos, sus entradas y salidas, lo que comió... todo. Y, sobre todo, a qué hora y de qué forma abandonó la estación.

– La última pregunta parece la más relevante – respondió el androide –, pero es la más fácil de responder. El ordenador central me comunica que el señor Reynolds sigue aquí.

– ¿Cómo?

– Abandonó el hotel hace una hora, más o menos, pero no la estación. Ha embarcado en el carguero SW41, con despegue previsto en unos diez minutos.

– ¿Un carguero? Androide, que el ordenador central paralice ese despegue, y lléveme a la nave en cuestión.

Lo que ocurrió ya lo saben ustedes: estábamos aún de camino cuando el carguero despegó y abandonó la estación. Alguien había manipulado manualmente las compuertas del muelle y ese mismo alguien había tomado los mandos de la nave. Era una fuga en toda regla, con una peculiaridad muy absurda: ¿quién huiría en un carguero? Podíamos coger casi cualquier otra nave y estar seguros de que lo alcanzaríamos y podríamos abordarlo. En mi opinión eso le daba un aire siniestro a todo el asunto porque el culpable no estaba asustado y corriendo, sino que sabía que iban a alcanzarle y que tendría que matar o rendirse. Y no me parecía que fuera a rendirse. Se lo dije así a Styles.

– No tiene por qué ser así – me contestó –, los cargueros que paran aquí son todos bastante modernos, ese tipo puede soltar el módulo donde va la carga y quedarse sólo con la cabina. Así tendría un vehículo muy ligero, muy rápido y muy pequeño.

– A mí no me huele a eso, Styles – refunfuñé –. Preguntemos al ordenador central: aún tendrá esa nave localizada.

La detective hizo lo que le sugerí, y la respuesta fue la que yo esperaba: Stormbauer, o quien fuera, no había soltado su carga. Viajaba lentamente con todo su peso a cuestas.

– ¿Qué diablos lleva ese carguero? – pregunté al aire. La voz metálica del ordenador me respondió:

– Mercancía confidencial protegida por la orden O661/3.

Styles soltó un juramento, creyendo que le haría falta una solicitud reglamentaria para obtener más detalles.

– Detective, olvida que sigo siendo senador aunque me tenga esposado – le dije –. Yo mismo redacté la orden O661/3, sé a qué mercancía se aplica.

– ¿Y bien?

– Armas ligeras y su munición. ¿Qué capacidad tiene ese carguero?

– No lo sé, pero el menor de este muelle lleva dos mil toneladas. Eso en armas puede ser mucho, ¿no?

– Desde luego.

– ¿Cree que es una coincidencia?

– Usted es la policía. ¿Lo cree usted?

– No. Apuesto a que el ordenador central nos confirmará que ese carguero fue fletado por un tal señor Reynolds.

Una voz impersonal resonó por megafonía: “Afirmativo”.

– Es ridículo – dijo la detective –. Hacer todo esto es garantía segura de ser arrestado. ¿Y para qué querría armas con un nombre falso? Ese comercio es legal siempre que...

Ella no llegó a acabar la frase, no hizo falta. A ustedes, senadores, tampoco se les escapa la única limitación al comercio de armas. Los criminales convictos no pueden acercarse a ellas porque llevan en su cuerpo un chip que les provocaría terribles dolores y, además, daría la alarma a la policía. Las personas en tratamiento psiquiátrico también... Sólo hay una minoría tan amplia que no está controlada y para quien las armas están vetadas, y son los menores de edad. Una idea aterradora, ¿a que sí? Ustedes están versados en historia y recuerdan cómo el primer Senado, nuestra primera gerontocracia, fue aniquilado a sangre y fuego por un intento de golpe de Estado perpetrado por una banda de criminales juveniles. Sin la experiencia ni la inteligencia ni la madurez de los hombres y mujeres a los que mataban... pero con la rabia, el atrevimiento y la potencia física que sólo da la juventud. Ese tipo de comportamiento

tan imprevisible, tan ajeno a las consecuencias de los propios actos... tan impulsivo, en una palabra... todo eso es lo que hace que la mayoría de edad siga fijada en los cuarenta años. Es un primer cuarto de la vida que debe emplearse en aprender y, por qué no, en vivir esas pasiones que luego la edad suavizará. Pero no es una edad a la que se le pueda llamar a uno ciudadano, ni dejarle votar, ni mucho menos... No, señor presidente, no divago. Pronto entenderá por qué no divago.

¿Dónde estaba? Ah, sí. Teníamos a un senador huido con un cargamento de armas comprado bajo un nombre falso.

– Espere – dije yo –. Macchio dijo algo sobre Stormbauer. Que quizá su próxima ley no llegaría a votarse. Eso podría tener sentido: él averiguó lo de este tráfico e iba a denunciarle ante el Senado. Pero Stormbauer adivinó que él lo sabía y lo mató con la cicloína.

– También puede ser que Stormbauer y usted fueran cómplices y que, al verse esposado, trate de cargar todas las culpas sobre su socio.

– Es usted buena, desde luego. Preguntémosle al androide médico. La cicloína se aspira o se inyecta, ¿verdad? El pobre Macchio no la esnifó, estoy seguro, porque no la tomó voluntariamente. Lo mataron para que no hablara.

– Eso no probaría su inocencia. Y no tengo tiempo, tengo que perseguir ese carguero.

– No puede ir usted sola, ese hombre ya no tiene nada que perder: lo lógico es que se defienda con uñas y dientes.

Ella me miró, y en esa mirada tienen ustedes la respuesta a cómo me libré misteriosamente de mis esposas. Me las quitó ella misma. Se fió de su intuición. En otras circunstancias hubiera dicho que no era muy profesional actuar así, pero ustedes conocen tan bien como yo la sensación que provocan esas estaciones cuando están vacías, estén en la luna o en el espacio. Uno está rodeado de pantallas, de músicas, de centenares de robots, algunos muy parecidos a seres humanos... pero eso sólo aumenta la soledad. Y por eso siempre se dice que se hacen grandes amistades en esos sitios, porque, cuando no hay casi nadie, los pocos humanos que estén por ahí no se separan unos de otros. Es indudable que la detective Styles estaría acostumbrada a días incluso más solitarios, pero eso no la exime de tener una reacción humana, ¿no creen? Sobre todo cuando se estaba planteando una persecución espacial en toda regla... Senadora Nguema, le ruego que si tiene algún comentario que hacer lo diga en voz alta para que conste en acta. Si me deja terminar quizá compruebe cómo encajan todas las piezas, salvo que su estulticia sea tan grande como parece. No, señor presidente, no estoy insultando a este comité, sólo expongo los hechos. Ah, se refiere a eso. No era un insulto, señor presidente, creo que la estulticia de la senadora Nguema es un hecho tan objetivo y demostrable como los demás que componen mi declaración, así que no me disculparé.

En fin, ¿me dejan que continúe? Como les he dicho, ella decidió quitarme las esposas y ambos nos montamos en una especie de caza, una nave curvilínea que recordaba a un boomerang o a un pájaro dibujado por un niño. Era un transporte excelente, ya que apenas pasaron dos minutos antes de tener el carguero a la vista. Ni que decir tiene que pilotaba ella... En comparación con la agilidad del caza, el otro vehículo parecía una termita reina: la diminuta cabina en forma de huevo parecía tirar con dificultad de una gigantesca hormigonera. En realidad era un remolque de acero del tamaño de un pequeño edificio, y a medida que nos acercábamos ocupó todo nuestro campo de visión.

– Lo difícil no va a ser abordarlo, sino encontrar a Stormbauer ahí dentro – murmuró Styles.

- ¿Se habrá arriesgado a poner el piloto automático?
- Sí: en cuanto un vehículo se aleja un poco de la estación, el ordenador central no puede controlarlo. Si ese tipo sabe hacer despegar una nave, sabrá eso.
- O sea que puede esconderse y cruzar los dedos para que la nave llegue a su destino, entre sus amigos, antes de que hayamos sido capaces de encontrarle.
- Exacto. En teoría.
- ¿En teoría?
- Espere un segundo.

Nuestra nave se acercó al remolque hasta pegarse a su casco como un parásito, y asistí por primera vez a un abordaje espacial. Una parte del suelo de nuestra cabina empezó a derretirse como si fuera mercurio, se hundió más y más hasta fusionarse con el acero de la otra nave y luego ese metal viscoso se ensanchó en forma de tubo, creando un cordón umbilical entre ambos vehículos. Finalmente, el acero pareció enfriarse de nuevo. Sólo teníamos que dejarnos caer por el agujero. Así que lo hicimos, aterrizando ruidosamente sobre una pasarela metálica.

Todo el remolque estaba lleno, a lo largo, de filas y filas de argollas de las que colgaban armas de todo tipo. Cada fila era una pasarela como la que nos sostenía, por lo que nos sentíamos como si estuviésemos en un andamio a varios pisos de altura. Desde ahí veíamos las pasarelas de enfrente, las de arriba, las de abajo... todas estrechas porque en realidad no estaban hechas para pasear por ellas. La parte central del remolque quedaba sin uso, como un gran tubo de aire, por donde se movería la máquina que tendría que descargar todo aquello. También era el precipicio por el que podíamos caer. Y matarnos. De pronto imaginé a Stormbauer a los mandos del carguero, haciéndolo dar tumbos a un lado y a otro hasta que nos precipitásemos al vacío.

- Cojamos un arma – dije –. Él ya lo habrá hecho.
- Son pistolas de proyectiles – dijo Styles despectivamente –. Antiguallas.
- Ya sé lo que son. ¿Y sabe qué? Su traje está hecho para repeler el láser, pero una bala de plomo lo atravesaría limpiamente y le reventaría el tórax. Por eso siguen restringidas: estas zorras no pueden ponerse en modo “aturdir”, no apuntan solas y tampoco se bloquean cuando intenta dispararlas alguien que no sea su dueño. Pero matan como ninguna.

Di ejemplo descolgando lo que tenía más a mano, un revólver. Cerca había una caja de munición con la que pude cargarlo antes de guardármelo en un bolsillo del traje. Styles dudó pero acabó cogiendo otro.

- Ahora sólo nos falta encontrarlo – dije.
- Ya le dije que eso estaba resuelto – contestó ella. Sacó del bolsillo lo que parecía un pequeño bolígrafo y le dijo: “Busca”.
- ¿Qué es eso? – pregunté.
- Un comunicador con sabueso policial incorporado – me explicó Styles –. Tiene un excelente olfato sintético, detecta el calor, y abarca un radio suficiente como para registrar a nave.

– Ya veo. ¿Y cuánto tardará en...?

Me interrumpió un leve pitido que salía de esa cosa que llevaba Styles en la mano. Era una voz educada y casi completamente humana:

- Ordenador central a detective Styles. ¿Puede atenderme?
- ¿Qué ocurre? – respondió ella.
- Usted pidió saberlo todo del señor Reynolds a lo largo de su estancia. He recabado todos los datos y he ordenado a los androides que registrasen su habitación. Luego, he jerarquizado los datos descubiertos. Estoy listo para informar.
- Resume lo importante.

– Hizo el equipaje apresuradamente y algo se le cayó. Bajo la cama había un libro: *La Edad de Hierro*.

Nos miramos, y no era para menos. Ustedes ya saben quién escribió ese libro y cómo son los fanáticos religiosos que lo siguen. Luditas que odian el progreso y defienden el terrorismo como sistema. Yo también creía que todo eso era cosa del pasado y que ya no quedaban adeptos de eso, pero si Stormbauer era uno de ellos... Bueno, eso explicaba todo. De pronto tuve una imagen clara de todo su plan, incluso del sentido de su carrera política. Sin duda su secta quería aprovecharse de la credulidad de los más jóvenes y convertirlos en su ejército, y para eso iban a armarles... El dinero y la influencia de Stormbauer facilitarían ese suministro. También por eso intentaba rebajar la mayoría de edad; ¿no lo ven? De pronto aparecería una gran bolsa de votantes menores de cuarenta y él esperaba conseguir muchos partidarios entre ese grupo, lo que daría a su secta una capacidad de influencia que nunca había alcanzado en sus mejores días, a pesar de sus crímenes. Era mucho más siniestro que el mero asesinato de Macchio y que la compraventa ilegal de armas. Era una conspiración para acabar con la sociedad tal y como la entendemos, uniendo el regreso de las bandas juveniles, el fundamentalismo de *La Edad de Hierro*... Y dando a sus acciones armadas el respaldo de una facción política en este Senado. Imagínenlo. Todos los elementos que pueden minar nuestro orden trabajando como un solo hombre, con un solo objetivo, obedeciendo a una sola voz. Podría funcionar... Eso es lo más terrible. Doscientos años de una paz y prosperidad sin precedentes arderían en la hoguera de una revolución que, simplemente, no habíamos visto venir. Brillante. No me avergüenza reconocer que me asusté cuando cobré conciencia de todo aquello. Por fortuna, Styles mantuvo la compostura y me guió a través de la pasarela hasta la esquina, donde aquel estrecho camino se doblaba y atravesaba el abismo central del remolque hasta una escalerilla que descendía en vertical. Todas las pasarelas parecían confluir en esa escalera, y mirando hacia abajo vimos un saliente situado en el centro del eje del remolque. Allí debía estar la escotilla que daba paso a la cabina de pilotaje del carguero.

Dudábamos del orden en el que íbamos a bajar cuando oímos la voz de Stormbauer por megafonía:

– Les estoy viendo a través de la cámara de vigilancia y les aseguro que su demostración de equilibrismo es innecesaria. Si esperan un segundo, les facilitaré el acceso a la cabina.

El saliente que habíamos visto se desgajó de su apoyo y flotó hacia nosotros. Parecía un pequeño balconcillo volador, y Styles se subió sin dudarle, aferrándose a la barandilla para no perder el equilibrio.

– Espere, detective – le dije –. ¿Cómo sabe que no es una trampa, que no estrellará esto contra el suelo?

– Estos chismes no se manejan manualmente, que yo sepa. Tienen sus trayectos predeterminados y tantos sistemas de seguridad que sería un infierno manipularlos. Hay formas mucho más fáciles de matar, Watson. Suba.

Le hice caso, aunque seguía teniendo mis recelos, pero no se equivocaba: aquella pequeña plataforma volvió suavemente a su lugar original, ante una puerta que se abrió de pronto para revelar a nuestro anfitrión, un imberbe al que apenas reconocí al principio hasta que su inconfundible nariz me hizo asociar los rasgos de aquel jovencito con el Klaus Stormbauer con el que yo había debatido en el Senado...

– Treinta y cinco – dijo él, respondiendo a la pregunta que yo aún no había formulado –. Es sorprendente lo que puede hacerse con el maquillaje de hoy en día, ¿verdad?

Styles dejó caer el revólver que acababa de robar y sacó su láser reglamentario, ya que no podía utilizar una fuerza letal contra un menor. Pero Stormbauer sonrió y levantó las manos.

– Guarde eso, detective. Me entrego. Simplemente con que se conozca mi historia, ya habré ganado. La gente hablará. A pesar de mi edad, les he engañado a todos. ¿Quién podrá decir, después de esto, que un menor de cuarenta no está preparado para el Senado o para cualquier otra cosa? Usted me ha oído hablar, Watson, me ha visto convencer a otros senadores con argumentaciones impecables y ha visto cómo he ganado más prestigio político en estos años que otros en toda su carrera. ¿Quién es el niño, entonces? ¿Yo o todos ustedes?

Yo seguía tan asombrado que tardé en reaccionar y cuando lo hice mis palabras no sonaron furiosas, ni indignadas, sólo tristes:

– No sé quién es el niño, pero tú te has convertido a ti mismo en un asesino. Eso es lo único que la gente recordará.

– Ya veremos.

– Basta de tonterías políticas – zanjó Styles –. Tú, pon rumbo de vuelta a la estación. Ya.

– Claro. Síganme y pronto llegaremos a la cabina.

Stormbauer echó a andar por un largo y estrecho pasillo, con un paso rápido que nos costaba seguir. Lo hacía a sabiendas, creciéndose en su superioridad física, y en esa arrogancia vi una señal clara de que no pensaba rendirse. Me acerqué a Styles y le murmuré lo que me pasaba por la cabeza:

– Dispare el láser y duérmalo de una vez. Lo que planea es matarnos, ¿no se da cuenta?

– Estése quieto, Watson, o será a usted a quien congele. Mírelo: es un crío y ha dicho que se rinde.

– Podría decirle que es un crío que mata gente pero es aún peor, es un fanático.

– Todos cometemos errores en nuestra juventud. Para eso está.

Aquello me sacó de mis casillas y decidí imprecicar directamente al asesino:

– ¡Eh, Klaus! No vayas tan rápido, chico. Aún no nos has dicho cómo le metiste esa sobredosis a Macchio.

Él se rió sin volverse, caminando siempre a toda prisa por aquel pasillo interminable:

– Venga ya, senador. Macchio no era un viejo, pero a uno de ciento diez años puedo inmovilizarlo con un solo brazo. Me bastó sujetarlo como a un bebé y clavarle la hipodérmica en el cuello.

– ¿Y realmente era necesario? ¿O lo hiciste por puro sadismo?

Ahí sí se paró, giró la cabeza y me atravesó con la mirada. Pero al instante su rostro se relajó de nuevo en una sonrisa:

– Usted sigue creyendo que hacerme pasar por senador ha sido sólo una travesura, ¿eh? Pues no. Era, es, un proyecto muy importante para mí y para la causa en la que creo. Yo soy un devoto de...

– ...lo sé. Te dejaste tu libro en el hotel, si es que se le puede llamar libro a esa sarta de memeces.

– Piense lo que quiera – replicó, caminando de nuevo –. Pero Macchio descubrió mi juego. O eso creyó. En realidad sólo descubrió mi edad. Por un descuido estúpido.

Habíamos llegado a la pequeña cabina de pilotaje y él se sentó a los mandos, empezando a manipularlos con tal seguridad que empecé a pensar que realmente nos llevaría de vuelta a la Luna.

– Verá – siguió –, yo acabé una noche bastante borracho en un burdel no demasiado selecto en las Azores... Y, bueno, en un momento dado se me desprendió una parte del maquillaje y ni siquiera me fijé... con la mala suerte de que Macchio también estaba allí... y yo ni lo vi. Investigó varias cosas más para asegurarse, como facturas de prótesis y cosas así... y al final habló conmigo, diciendo que me daba la opción de descubrirme yo mismo o de ser desenmascarado en el pleno... Yo intenté sobornarle con dinero, primero, y luego lo amenacé con hundir su carrera si él hundía la mía. Ya sabe, a su familia no le haría gracia y todo eso. Pero no entraba en razón, me hablaba con ese insoportable tonillo paternalista... ese tonillo que no se hubiera atrevido jamás a utilizar conmigo, fuera senador o no... y sólo porque era algo más joven de lo que él había creído. Todo eso fue hace sólo un par de horas. Y de pronto me enteré de que estaba en la estación, por un comentario tonto que hizo sobre el restaurante... Bueno, él me había llamado sin saber dónde estaba yo, y yo estaba allí registrado con un nombre falso para supervisar este pequeño envío... Pensé que sería mi única oportunidad. No le di muchas vueltas, sabe. A veces hay que pasar a la acción.

Y diciendo esto se giró en la silla y vimos un revólver en su mano. Todo fue un parpadeo: Styles fue más rápida pero su láser rebotó limpiamente en el mono de Stormbauer y él no dudó en apretar el gatillo, y yo me encontré apuntando y disparando mientras el cuerpo de la detective aún estaba cayendo. El crío quedó desplomado sobre el sillón del piloto, con dos enormes agujeros rojos en el pecho. A mis pies, la sangre de Styles llegó hasta mis zapatos y me arrancó una mueca de repulsión.

No es fácil sobrevivir a una escena así, saben. Yo vivo porque Styles murió. Está claro que el chico sabía manejar las armas y, siendo tan joven como era, tenía mejores reflejos que cualquiera de nosotros dos. Sólo tuve ocasión de disparar porque la detective, con su muerte, me concedió un precioso segundo de ventaja.

Perdonen, me he... No, estoy bien, déjenme sólo beber otro sorbo de agua... Maldita sea. Ya, ya está. Sí, señor presidente, puedo seguir, y me gustaría hacerlo. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Stormbauer muerto, sí. Saben, he oído declaraciones de policías traumatizados por la muerte de algún delincuente juvenil... cuando, a pesar del láser paralizador y toda clase de precauciones, cae por un puente intentando huir o hace cualquier otra locura y se mata... y el tipo se siente culpable y avergonzado. Yo, la verdad, no sentí nada. Primero pensé que era porque todo el cruce de disparos me había dejado aturdido. Pero sigo sin sentir nada. ¿Y saben qué? Creo que es porque sencillamente no lo lamento. Suena monstruoso, ¿verdad? Maté a un niño de treinta y cinco y mi único pesar es no haberle disparado por la espalda un poco antes. En fin, no es eso lo que ustedes querían juzgar, ¿verdad?

El caso es que me asomé al panel de mando, un tanto temeroso, porque no sabía pilotar aquel trasto. Pensaba que al menos podría utilizar el sistema de comunicaciones para pedir ayuda. Pero la pantalla me reveló que se había iniciado una secuencia de autodestrucción y sólo podía anularse con una clave que yo no tenía. No sé si Stormbauer había previsto que tal vez muriese en el tiroteo y aquella era su última venganza. No creo que hubiese visto mi revólver. Probablemente temía que Styles llevara en su cuerpo un chip de alerta, ya saben, de los que se activan al morir un policía y transmiten su posición exacta para que acudan refuerzos. Así que destruir la nave era una buena forma de borrar su rastro. Nunca lo sabremos a ciencia cierta. En aquel momento a mí sólo me quedaba una opción: encontrar la cápsula de evacuación, si la había, y largarme de allí antes de que todo saltara en pedazos.

La encontré, por supuesto. Por algo ayudé a reformar las normas de señalización... para que hasta un senador histérico y poco acostumbrado a aquellas cosas pudiera encontrarla y abrirla... Me pareció desagradable cuando la vi, un gran ataúd acolchado

en forma de vaina para hombres... Pero me metí dentro y cuando aquel material esponjoso se cerró en torno a mí no sentí claustrofobia sino alivio. Muy pronto la lucecita de un pequeño monitor me informó de que el lanzamiento había sido un éxito y de que estaría pronto flotando a una distancia segura. Como es lógico, no vi ni oí nada hasta que me llevaron a bordo de la nave que me rescató, así que no presencié el final del carguero, pero supongo que se desintegró sin más. Sí, señorías, ya lo sé, ese es el punto más difícil de creer para ustedes. Si no hay carguero, no hay cadáveres que examinar y los forenses no pueden decirnos si las cosas ocurrieron como las digo yo o de otra forma. El superviviente es siempre el primer sospechoso, ¿verdad?

Lo único que saben es que me encontraron con un arma encima y que había sido disparada dos veces por mi mano. Cosa que he admitido, por otra parte. Pero, claro, está la otra teoría: yo maté a Macchio con la cicloína, o se la vendí y él tuvo una sobredosis accidental que me puso nervioso. Así que yo secuestre a Styles en ese carguero, la maté, hice que el cacharro se desintegrara y les esperé a ustedes plácidamente abrazado al arma del crimen... ¿No sería demasiado estúpido incluso para mí? ¿Por qué no haber dejado el revólver a bordo para que fuera destruido? ¿Y cómo explican ustedes la desaparición de Stormbauer? Ah, afortunadamente no he terminado mi relato y no debo apelar sólo a su credulidad...

Verán, por un lado está el registro del ordenador del carguero, que se grabó en el de la cápsula de salvamento. Gracias a eso sabemos cuál era el rumbo inicial previsto para aquel viaje y, por tanto, el lugar de entrega de las armas. Estoy seguro de que, cuando investiguemos esa pista, toparemos con gente interesante. Pero en la cápsula había también efectos personales de Stormbauer. Maquillaje y prótesis de látex para asegurarse de que su aspecto fuera el que debía ser cuando lo rescataran. Y algo más, un pequeño pero potente videófono para que, a ser posible, lo encontrara alguien amigo. ¿Cómo? ¿Les sorprende? Por supuesto que sí: ese detalle no se lo conté a la policía. Me limité a disimular ese aparato entre mis pertenencias. Aquí lo tienen: un diseño a la moda, exageradamente pequeño para mi gusto, pero con plena capacidad para establecer comunicación interplanetaria. Para la policía no será difícil demostrar que lo compró Stormbauer, o quizá su otro yo, el señor Reynolds. O quizá su nombre real no fuera ninguno de esos dos, pero tanto da. Tampoco será difícil demostrar que el videófono no ha sido manipulado en los últimos días, es decir, que lo que contiene en la memoria es anterior a la aparición de mis huellas dactilares en su superficie. Lo que contiene, caballeros, es el número privado de alguien. ¿De quién? Del cabo suelto, claro está.

Porque ustedes estaban pensando que mi historia era demasiado buena para ser cierta, y sin embargo no se han dado cuenta de que había un gran cabo suelto. ¿Un crío de treinta y cinco años en el Senado? ¿Él solo? Vamos, señorías... ¿Ahora se dan cuenta? Debió hacer falta mucho dinero para falsificar todas las identificaciones de Stormbauer de modo que pareciera, a todos los efectos, un hombre de cincuenta y cinco años cuando entró en la vida política. Los sistemas de pago por huella dactilar, los de reconocimiento del iris... ninguno de ellos dio la voz de la alarma. Incluso en los chequeos médicos no se encontró nada raro. ¿Pudo hacerlo solo, manipular él solo tantas cosas? No. Hizo falta un mecenas poderoso. Observen que esto encaja con la secta de *La Edad de Hierro*. Siempre ha habido un líder en lo alto de la pirámide, sucesores de ese primer fundador del movimiento, igual de chiflados y autoritarios que él. ¿Stormbauer podía ser ese líder? No. La respuesta es tan evidente... No, no podía. Su secta llevaba años haciendo proselitismo en secreto entre los menores de edad. Por eso habían convencido a muchos y por eso querían darles armas, incluso darles la ciudadanía. ¿Y por qué habían enfocado sus esfuerzos a los jóvenes? Bueno, no es la primera secta que lo hace a lo largo de la Historia, ¿verdad? Más bien es lo habitual. Es

el grupo más manipulable... Entonces, ¿podría el líder ser parte de ese grupo? No, diablos. Stormbauer era un peón de alguien más. Quizá no tan bajo, quizá era un alfil, o una torre... Pero no el rey. Alguien le había permitido llegar a senador y desarrollar su plan, pero a la vez Stormbauer era alguien que podía ser sacrificado, o que podía caer sin que eso supusiese el fin de la conspiración.

Y entonces, ¿quién puede estar arriba, señorías? ¿Quién... sino alguien con la suficiente edad y experiencia? No será otro crío, se lo aseguro. ¿Qué dice, señor presidente? Sí, claro que lo sé y claro que voy a decírselo. Verá, el plan hubiera sido perfecto si no hubiese implicado algo tan arriesgado como fiarse de un menor. Stormbauer puso un nombre falso al número registrado en su videófono, pero hay algo más... miren lo que ocurre si despliego el aparatito. Oh, cae un papel... No, androide, no lo recojas. Lo haré yo. Esto, señorías, es sólo un papel sobado, arrugado, doblado... ¿Sólo eso? Bien, el ejemplar de *La Edad de Hierro* que fue encontrado en la Luna no está completo, tiene arrancada la página de respeto... Comprúbenlo, porque estoy seguro de que es así. Y permítanme ahora que desdoble este papel, esta hoja del libro, y les lea la dedicatoria: “Para la gloriosa espada que blandiré con orgullo en la batalla final”. Literariamente no parece gran cosa, pero tiene el valor incalculable de estar escrito con una caligrafía que señalará a nuestro hombre. Stormbauer debía saber que, si lo cogían, tendría que comerse esta hoja y pulsar este botoncito de aquí en el videófono para borrar la memoria. Creo que eligió este modelo por eso, porque basta un botón. En tres segundos podría destruir las únicas pruebas que lo relacionaban con el líder, y eso es un tiempo razonable incluso si la policía está echando tu puerta abajo. Pero ya me he cansado de declarar, quiero limpiar mi nombre de una vez y de paso acabar con la gentuza que llevó a la muerte a mi amigo Macchio y a la detective Styles. Así que si les parece haré la llamada... ¿O tiene usted puesto el contestador, senador Keefauver? No, no me miren a mí, señorías, mírenlo a él. Miren cómo palidece y cómo parece encogerse en el asiento, mientras a la vez me mira intentando disimular sus deseos de verme muerto. Mírenlo, pero no como al hombre que creían conocer, sino como al demente fundamentalista que es. ¿No tiene nada que decir, Keefauver? Una novedad interesante en su carrera. Yo me pregunto por qué no tiene nada que decir, señorías... Pero creo que la respuesta la tendremos pronto. Sí, creo que su arrogancia natural le hará explayarse en el primer interrogatorio. Y, señorías, al margen de la labor policial, me gustaría formar parte del comité de investigación que se cree sobre este asunto. Déjenme que lo diga como hombre libre y con la cabeza muy alta: Larga vida al Senado...